

ENZO BIANCHI

**ESCUCHAD AL HIJO AMADO,  
EN ÉL SE CUMPLE  
LA ESCRITURA**

COMENTARIO A LOS EVANGELIOS  
DOMINICALES DEL CICLO B

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2011

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín.  
Tratamiento digital inspirado en detalles del Beato de Liébana

Tradujo Luis Rubio Morán sobre el original italiano  
*Ascoltate il Figlio amato! Il vangelo festivo.*  
*Domeniche, Solennità del Signore, Proprio dei santi. Anno B*

© Edizioni San Paolo s.r.l., Cinisello Balsamo (Milano) 2008

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2011

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1782-6

Depósito legal: S. 1251-2011

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

# CONTENIDO

*Introducción, 9*

TIEMPO DE ADVIENTO, 11

NAVIDAD  
Y TIEMPO DE NAVIDAD, 25

TIEMPO DE CUARESMA, 45

PASCUA DE RESURRECCIÓN  
Y TIEMPO PASCUAL, 65

TIEMPO ORDINARIO, 91

SOLEMNIDADES DEL SEÑOR  
Y FIESTAS DE LOS SANTOS, 191

*Índice general, 219*

## INTRODUCCIÓN

«La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que una espada de dos filos: penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón». Esto es lo que tenemos que recordar siempre que nos disponemos a escuchar, meditar y orar la palabra de Dios contenida en la Escritura, cuyo centro es el Evangelio. Pues sólo desde una escucha obediente y amorosa puede nacer la homilía. De hecho, el predicador es un «servidor/ministro de la Palabra» (cf. Lc 1, 2; Hch 6, 4) que intenta con sus pobres palabras ser un eco nítido de la única Palabra en los oídos de la comunidad cristiana.

Esto es lo que, humildemente, he pretendido hacer al comentar los pasajes evangélicos propuestos en el Leccionario del año litúrgico B. Mis meditaciones apenas alcanzan a ser un esbozo nacido de la escucha asidua de la Palabra, y de ninguna forma eximen al predicador del trabajo personal de orar esta Palabra, actualizarla y esforzarse para que su inagotable riqueza resuene en el hoy personal y comunitario de los oyentes a los que se dirige. Ningún predicador debería olvidar nunca las palabras de Jesús en su brevísima y, sin embargo, densa homilía pronunciada en la sinagoga de Nazaret: «Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar» (Lc 4, 2).

En este año B ocupa un lugar privilegiado el evangelio de Marcos, el más antiguo de los cuatro, que se abre con la siguiente afirmación fundamental: «Comienzo de la buena noticia

de Jesús, Mesías, Hijo de Dios» (Mc 1, 1). Este Jesús, «Palabra hecha carne» (Jn 1, 14), hombre en todo como nosotros, es el Evangelio, la buena noticia por excelencia. Las acciones y las palabras con las que este singular Maestro ha narrado a Dios por los caminos de Galilea y de Judea, han sido acogidas como buena noticia –no sin fatiga e incomprendiones– por aquellos que vivieron junto a él; bajo la acción del Espíritu Santo han sido después recordadas, proclamadas en las asambleas litúrgicas y, finalmente, puestas por escrito en los evangelios para uso y provecho de los creyentes cristianos de todo tiempo y lugar. También hoy nosotros, anunciando el evangelio en la asamblea eucarística dominical, captamos siempre de forma nueva la única fuente de la vida cristiana, la eterna buena noticia: la vida de Cristo Jesús, el Hijo amado de Dios, venido en la frágil carne humana, nacido de María y muerto en la cruz, resucitado y vivo, aquel que vendrá en gloria al final de los tiempos.

No quiero terminar esta introducción sin recordar que en el centro del evangelio de Marcos se encuentra el acontecimiento de la transfiguración, donde Jesús es contemplado por los discípulos entre Moisés y Elías. En ese preciso momento, la voz del Padre proclama desde el cielo: «Este es mi Hijo amado, escuchadlo» (Mc 9, 7). Jesús ciertamente resplandece con la gloria de Dios estando entre Moisés y Elías, entre la ley y los profetas, siendo celebrado como aquel que cumple todas las Escrituras y manifiesta el poder eficaz de aquella Palabra que puede cambiar nuestra vida. Según esto, como escribe san Jerónimo, «ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo».

# TIEMPO DE ADVIENTO

# I DOMINGO DE ADVIENTO

## LA ESPERA DEL HIJO DEL HOMBRE

Isaías 63, 16-17.19; 64, 1-7  
1 Corintios 1, 3-9  
Marcos 13, 33-37

Comienza el tiempo de Adviento, el tiempo de la espera de la venida del Señor Jesús glorioso. No es un tiempo de preparación a la fiesta de Navidad, sino de preparación a aquel acontecimiento que Jesús mismo describió a sus discípulos como el definitivo, en el que será instaurada de una vez para siempre la justicia y en el que tendrá pleno cumplimiento el Reino de los cielos anunciado. En este tiempo, el grito de la Iglesia es el de la Esposa, que invoca junto al Espíritu: «¡Ven, Señor Jesús! ¡*Marana tha!*!» (Ap 22, 17.20; 1 Cor 16, 22).

La venida del «Día del Señor» fue invocada anteriormente por los creyentes de Israel, que pedían al Señor, Padre y Redentor, su retorno (cf. Is 63, 15-17). Aquellos hombres y mujeres rogaban para que Él hiciera sentir su presencia y viniera a librarlos de la opresión y de las miserias del pecado, con sus consecuencias mortíferas: «¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!» (Is 63, 19). Por su parte, los cristianos se encuentran todavía en espera, incluso cuando el aire que respiran en la actualidad parece mostrar una profunda incapacidad de esperar. Pero ellos saben que la espera del Señor es la única importante y decisiva.

Y creen firmemente en sus palabras sobre la venida del Hijo del hombre (cf. Mc 13, 26-32).

El Hijo del hombre, es decir, Jesús, que vino ya en la frágil carne humana, nacido de María y muerto en la cruz, resucitado y vivo, vendrá en la gloria; pero vendrá en una hora oculta y secreta en Dios, una hora que los hombres no esperan ni piensan que sea posible. Porque la venida del Hijo del hombre será como la catástrofe del diluvio en tiempos de Noé (cf. Gn 6, 5-7, 24), cuando la tierra estaba llena de violencia y los hombres pensaban poder vivir a su antojo, en la injusticia y en el desenfreno. Fue entonces cuando el desastre llegó de improviso, de repente. Así sucederá también con la venida de Jesús en gloria. Muchos, con ciega autosuficiencia, ni piensan ni creen en un juicio; tampoco consideran que pueda llegar ese día en que se cumplirá la justicia y la verdad para todos aquellos que han sido oprimidos y afligidos a lo largo de la historia, para todas las víctimas y los sin voz. Sin embargo, ese día llegará. Y esto es una buena noticia, es evangelio. La venida del Señor no niega la historia, no condena a esta humanidad, sino que quiere transfigurar este mundo y redimir la historia.

Por consiguiente, los cristianos están llamados a vigilar, a velar, porque ellos son «los que esperan la manifestación del Señor» (2 Tim 4, 8). Saben también que más allá de la muerte existe la vida eterna, es decir, la vida en Dios para siempre; incluso tienen la certeza de que al producirse el final del pecado y del mal, tendrá lugar la fiesta escatológica. No existe, por tanto, posibilidad alguna de vivir adormecidos, en un triste sonambulismo espiritual; al contrario, se precisa atención, vigilancia, tensión interior de toda la vida hacia la meta, hacia el encuentro con el Señor que viene.

Según esta lógica divina, la breve parábola de Jesús asegura que este es el tiempo en que el Señor partió para un viaje y dejó a cada uno su propia tarea, correspondiendo al portero la de vi-



gilar. Mas ¿cuándo volverá? ¿Por la tarde, a medianoche, al canto del gallo, al amanecer? Únicamente sabemos que el Señor quiere ser acogido a la hora en que llegue; luego no queda más remedio que vigilar.

Con todo, el Señor sabe que esto es muy difícil. De hecho, estas palabras fueron dirigidas a aquellos discípulos que, precisamente llegada la hora de la pasión de su maestro y profeta, la hora de la crisis, la hora de la noche, se durmieron mientras Jesús velaba (cf. Mc 14, 32-34); además, huyeron por la noche y lo dejaron solo (cf. Mc 14, 50); e incluso Pedro, el principal de los discípulos, antes del canto del gallo, lo negó (cf. Mc 14, 66-72). Pero Jesús tuvo misericordia de todos ellos.

Velemos, pues, y estemos atentos, recordando las palabras de Ignacio de Silo, el cual, a los que le preguntaban por qué no se hacía cristiano, respondió: «Porque me parece que los cristianos ya no esperan nada».